

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península UNA PESETA al mes.
Extranjero 7'50 PESETAS trimestres.
Comunicados á precios convencionales.

Redaccion y talleres: S. Lorenzo, 18

MIÉRCOLES 20 DE NOVIEMBRE DE 1901

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En segunda plana. 00'50 pesetas línea
En tercera. 00'10 id id.
En cuarta. 00'05 id id.

Administración: Saavedra Fajardo, 15.

UN GOBIERNO

Es lo que está pidiendo la nación porque no le hay. Lo que existe es una parodia ridícula de gobierno, un fantasma de autoridad, un ministerio formado por ignorantes y por nulidades, por fracasados que ocupan sus puestos á nombre de un partido ficticio y que vinieron al poder considerándose los representantes de una opinión liberal cuando en realidad no eran más que los promovedores de motines parciales para lograr sus fines concupiscentes.

La nación está poniendo á prueba su resistencia desde hace cuatro años, y ahora más que nunca. Los que hablan á diario de disolución nacional y suponen que faltan vínculos de unidad en el país, no se dan cuenta de que es tan sólida la unidad nacional que ha resistido, no sólo el desastre, sino cuatro años mortales de gobiernos torpes y débiles que con su conducta han provocado todas las rebeldías y han desatado á todos los elementos.

No han sabido prevenir un conflicto ni reprimir un desorden. Han agravado todos los problemas, han aumentado el malestar y han cedido siempre á la imposición arrastrando el principio de autoridad. Han engañado al país ofreciéndole lo que no han cumplido ni piensan cumplir y han dado desde las alturas los ejemplos más perniciosos de anarquía.

No refiriéndonos ya al gobierno de Silvela, de tan desdichado recuerdo, convertido hoy en minoría para servir de comparsa al actual y concretándonos á la situación presente, en pocos días ha podido verse hasta donde llega la inutilidad y la torpeza del Gobierno y el daño que hace á la nación. Preparada la lucha entre republicanos y catalanistas en Barcelona, el Gobierno dejó que estallara con toda su violencia pasional y no tomó ni la más vulgar medida de previsión que hubiese impedido ó reducido al escándalo.

El proyecto ley sobre huelgas está poniendo en conmoción á todo el país obrero. Los decretos del conde de Romanos sobre instrucción pública están ocasionando la protesta de profesores y estudiantes de toda España, que afortunadamente hasta ahora se han contenido dentro de límites sensatos, pero que puede ocasionar al fin desórdenes lamentables porque es seguro que, como de costumbre, el actual Gobierno despreciará la petición razonable, y sólo cederá ante la violencia.

En las Cortes no pueden ser mayores las muestras de que no hay gobierno. Mientras los escaños de las oposiciones se van llenos de diputados y senadores que quieren cumplir sus deberes, los de la mayoría están desiertos.

Los presupuestos, presentados muy tarde y aún no ultimados por la inconcebible tor-

peza del ministro de Marina, que se ha puesto en ridículo y ha puesto en solfa también al Gobierno, son una burla al país, pues los que ofrecieron economías y reorganización de servicios, no sólo dejan subsistentes los abusos, sino que aumentan en muchos millones los gastos. Y luego se quiere por esos ministeriales que no se haga oposición á sus proyectos, y censuran á las minorías que piensan discutirlos detalladamente, como si estas minorías fueran otra comparsa como la de Silvela y pudieran renunciar á sus deberes para con el país.

La pequenez, ignorancia y torpeza del Gobierno, han llegado á su colmo al combatir el presupuesto de la Unión Nacional. Con sus errores, que nosotros reconocimos, era cuando menos una aspiración general y merecía un examen serio y respetuoso. Ni uno solo de los ministros, no obstante ser tan insignificantes, se ha dignado dar una satisfacción á esa opinión, contestando á su propuesta. Destacaron á uno de los más humildes y oscurecidos de la mayoría, que resultó un clown parlamentario.

Véase el anhelo y la justicia con que el país demanda un Gobierno que acabe con comparsas, ficciones y con toda clase de rebeldías.

LA CUESTIÓN DEL PIMIENTO

Con sumo placer hemos leído en nuestro colega de la mañana, un razonado artículo en que nuestro amigo D. Francisco Pato, trata, con la discreción y acierto en él peculiares, el espinoso asunto de la mezcla de aceite al pimiento.

Nosotros que abundamos en las mismas ideas de nuestro amigo y compañero, nos honramos reproduciendo su hermoso artículo, lamentando que no abunden en quienes originaron el conflicto presente, las mismas dotes de prudencia y el razonado estudio de la cuestión, que en su concienzuda labor demuestra poseer el Sr. Pato.

Con singular atención, hemos seguido la marcha del problema cuya acertada resolución afecta á grandes y respetables intereses.

Bajo distintos aspectos hay que apreciar el asunto; 1.º Planteamiento; 2.º Desarrollo; 3.º Situación actual.

Planteamiento

Es indudable que no ha existido la espontaneidad necesaria para entender que los productores ansiaban que se diera la disposición gubernativa que prohíba la mezcla del aceite. Y es indudable, porque cuando existen lesiones graves en cualquier clase de intereses, la protesta aparece pasiva al principio, activa después, é impetuosa al fin, cuando subsiste el daño y el remedio no se aplica. Dígase, cuando, cómo, y con qué fuerza aparecieron las protestas de los productores, antes de que en la prensa se plantease el problema. Y no se nos diga que los huertanos son sufridos, humildes, y fácilmente se resignan con la adversidad. No, no se diga, porque los huertanos, como cada hijo de Dios, cuando les duelen, se quejan, y cuando se quejan se les oye. Hay, pues, mucho que reflexionar acerca de la oportunidad y de la conveniencia de querer ser más realista que el rey.

Desarrollo

Este ha sido artificioso y precipitado. Sin preparación bastante, sin estudio reflexivo, sin conciencia de la transcendencia, se tomaron acuerdos

peligrosos, se desorientó á las autoridades, y las autoridades entendieron cumplir con su deber, satisfaciendo prontamente, lo que estimaron eran aspiraciones vehementemente sentidas, y espontáneamente manifestadas.

Situación actual

A medida que se sienten los efectos de la disposición gubernativa, surgen los intereses heridos y fácilmente se aprecia que son más los lesionados que los favorecidos. Los molineros, los especuladores, los exportadores, están perjudicados. Perjudicados están los productores que no venden su cosecha por el estado de zozobra del mercado. Perjudicados están los productores, cuyo pimiento no tiene la bondad suficiente, para ser expedido tal como el suelo lo produce. Perjudicados están los centenares de braceros que otras veces se ocupaban en las faenas de la exportación. Y perjudicados resultarían productores, especuladores y exportadores, que al final de la temporada se quedan con existencias de pimiento, pues cumpliéndose las disposiciones vigentes no podrán conservarlo para venderlo en la temporada siguiente.

Planteadas así la cuestión, tomando por base la realidad que es más fuerte que las más astutas argucias, nos vamos á permitir algunas consideraciones generales.

Hay en el problema latente una cuestión de orden moral, asidero el más fuerte á que se acogen los partidarios del actual estado. Se dice, y se dice muy alto, como quien dice la última palabra. «El aceite es el enebroador de todas las adulteraciones de que es susceptible el pimiento». Muy bien, pero, díganse. La autoridad que tiene medios para prohibir la mezcla del aceite y del pimiento, luchando con intereses creados al amparo de leyes y tradiciones ¿no podría más fácilmente evitar la adulteración, y siendo esta como es, un delito, y delito realizado por los menos? ¿Quién puede hacer lo mucho, no puede hacer lo poco? Quien puede perseguir la mezcla del aceite efectuada, por productores, especuladores y exportadores ¿no podrá más fácilmente perseguir á los adulteradores? Quien puede contra todos ¿no podrá contra algunos? No es pues argumento de fuerza verdadera; lo que aparentemente parece incontestable.

Innumerables son los artículos que para su conservación, para su mayor estimación y para otros fines comerciales, se presentan en los mercados de distinta forma que la naturaleza los produce. Todo se transforma, se mezcla, se altera, para servir mejor las necesidades industriales. El producto, tal como lo produce la tierra, se estima menos que modificado por la industria. A la misma tierra se altera, se la combina, para su mayor y mejor producción por los dictados de la ciencia, por los consejos de la experiencia. Por las combinaciones químicas se produce más y mejor, por las combinaciones industriales, se aprovecha lo que en estado natural no puede aprovecharse. En el punto en que la industria se convierta en estafa, lo combinación en robo, la mezcla en coacción, allí, concluye lo lícito, y empieza lo vedado; allí debe aparecer la ley; las energías de las autoridades; allí el rigor, allí el castigo; allí la defensa de los legítimos y respetables intereses.

Castíguese, pues, al que daña, al que explota, al que lesione hondamente los sagrados intereses de los desdichados y mercedísimos hijos del trabajo; pero reflexiónese bien: si se explota á los productores del pimiento con la existencia de una mezcla inofensiva á la salud, con lo cual se consigue vender la cosecha entera, estableciendo distintas clases, que permiten la salida de todo el pimiento. Reflexiónese á qué cantidad quedaría reducida la producción del pimiento, si no se hicieran las élases que hoy se hacen, y no pudiesen aprovecharse los muchos miles de arrobas que todos los años se mojan; y reflexiónese, por último, qué se iba á hacer con el exceso de producción, no siendo posible conservarlo para otra temporada.

Como no admitimos en nadie que se ocupa de este asunto otro fin que el bien de los productores; como admitimos que nuestras autoridades han obrado impulsadas por lo que entendían era bueno, justo y conveniente;

estimamos que puede haber rectificación honrosa para todos, y con más calma y con más detenido estudio de cuantos factores influyen en tal problema, se podrá llegar á una solución satisfactoria.

Francisco Pato y Quintana

RAPIDA

Por una parte Lerroux y por otra los estudiantes catalanes, han dado un tremendo golpe á los intitulados catalanistas. Lerroux llamándolos separatistas en el Congreso y los estudiantes pidiendo el relevo del Rector, han conseguido para sí las simpatías de toda España. Uno y otros merecen elogios de toda la nación, porque uno y otros han hecho sufrir al catalanismo ó separatismo para mejor decir, un golpe de muerte, han arrancado del rostro de los insurrectos la máscara que ocultaba sus pensamientos. Todos no habian de ser lo mismo, todos no iban á esconder el rostro, ocultar el pensamiento y los desiguales cobardes bajo el anifas ruin de la hipocresía. Era de esperar; un poco tarde hémoslo visto, pero lo hemos visto al fin. Ahora que ya se sabe con quien hay que habérselas, buscar el castigo que merece el traidor es lo que precisa. Algún día tenía que ser.

A cada uno lo suyo

Bien, muy bien por los estudiantes catalanes. La mejor prueba de patriotismo la dieron cuando en enérgica y pacífica manifestación pedían todos á una la destitución del Rector catalanista, mejor dicho, separatista. Ya cesó de decirse catalanistas á esos señores que piden la independencia de Cataluña y dan muerte á España. Catalanistas son todos los nacidos en aquellas fecundas tierras; pero separatistas sólo lo son los que usan de ese calificativo, que deshonra á los buenos hijos de aquella Cataluña, patria de héroes que peleando por la honra de España murieron en el Africa.

¿Por qué hemos de llamar catalanistas á esos irritados seres que piden á voz en grito su independencia?... Jamás Cataluña abrigó la idea de ser independiente de su madre; jamás á hijo de aquella tierra le pasó por las mientes hacerse un día autónomo, alejarse de España; y jamás pensarían aquellos que lucharon bajo el abrasador sol africano, que llegaría el momento que sus hijos quizá pensarán en la independencia; ultrajarán á aquella por la que murieron sus padres.

Eso fué lo que no han consentido los verdaderos hijos de la patria del Gid. Los jóvenes, á los que está reservado el porvenir de España, en manifestación pacífica, pero enérgica, protestaron contra esa raza de insurrectos; pidieron al Gobierno la destitución de un Rector que cobra del Estado y se llama catalanista y era insurrecto. Hicieron bien los estudiantes. ¿Por qué consentir que un ente cualquiera les inculcara ideas extrañas á todo hijo del pueblo valiente que tan alto dejó su nombre en la terrible jornada de 2 de Mayo...

De idéntica manera se debe proceder con aquellos que se revelan contra la madre patria, contra los que llamándose patriotas, siembran en su derredor la semilla de la discordia y cobardía.

A cada uno lo suyo: al que abriga ideas contrarias á las que deben todos los buenos hijos, guerra sin cuartel... mientras más pronto desaparezca esa semilla ruin, más pronto habremos conseguido la gloria, el amor de nuestros hermanos, el respeto que nos merece nuestra hidalga y anciana madre...

G. V.

Tarjeta postal

AL SR. ALCALDE.

Señor Alcalde, son muchas las quejas que recibimos de los vecinos del trozo de calle que hay desde la calle del Carril á la de San Ginés. No se quejan del mucho barro que hay allí, ni tampoco del pésimo estado de la calle. Se quejan porque aquello es un foco de infección, por las muchas porque-

rias que se arrojan á dicha calle y sobre todo por las aguas sucias, que convierten aquello no en una calle intran-sitable, sino en un estercolero.

Lo que trasladamos al Sr. Alcalde para su conocimiento y efectos consiguientes.

Nuestra palomita

Conforme prometía ayer, estuve esta mañana en casa del Poncio, decidida á enterarme de como andaba nuestro excelente amigo y saber de qué pié cojeaba.

Al entrar en aquella me faltó poco para caer al suelo desplomada. No había visto á Cascaruja en traje de gala, ni al Trucha de puntillero: es que me decían estaba en cama, muy malito, nuestro hombre.

¿Qué será?—decía yo para mi plumaje. Si se le habrá indigestado el pisto manchego de Cartago, donde los cargadores resultaron cargantes y el Poncio cargado?

Presa de horribles dudas, con el plumaje erizado me introduje en la alcoba donde el Poncio descansaba convertido en estatua yacente. A la cabecera del lecho estaban dos personajes que vistos de lejos me parecían doctores y contemplados de cerca, resultaron ser el Abuelo y el Trucha.

El primero abanicaba al Poncio de cuando en cuando con un periódico y el hombre pegaba unos respingos enormes cada vez que pasaba ante sus ojos el artículo de fondo: el Trucha lo tomaba el pulso al enfermo.

—¿Qué tiene? preguntaba el Abuelo. —Las señas son infalibles, contestó el Trucha: ¡Sarampión!

—¡Zambomba! ¿A que aun nos resulta ahora con la dentición?

—Amigo Poncio, ahora ha de someterse V. á un régimen severo. En primer lugar, nada de aceite...

—¡Hombre! ¡Hombre! exclamó el ilustre enfermo dando un bote en la cama. ¿No vé usted que el aceite es lo único que me mantiene? ¿si no fuera por el aceite qué señales de vida daría yo?

—El aceite es muy bueno para los cólicos nefríticos, pero en pequeñas dosis. Fuera de ahí, como no sea en las ensaladas...

—¡Justo! Pues una ensalada es lo que estoy haciendo...

—Ha de prescindir asimismo del arroz de Calasparra y de comer fruta de la huerta.

—El arroz de Calasparra, no me gusta; si no hubiera sido por el Chapa que me aconsejó lo probase, á mi me iba bien con las avellanadas. Respecto á la fruta de la huerta, la aborrezco como si fuese del árbol prohibido: no me gustan más que los malos de cuelega coleccionados por Cascaruja.

—A usted, Poncio amigo, le conviene ponerse en el vientre una lámina marca Papa negro.

—¡Horror! Nunca. No me toque usted al Papa Negro, porque para eso es preciso faltar al Concordato que prepara conmigo el Casaca.

—Pues, si no se aplica esa lámina, lo veo á V. malamente. Es preciso usar de un revulsivo enérgico.

—Lo que conviene—dijo el Abuelo, es darle ponches de huevos...

—Pero no moles, exclamó el Trucha rápidamente.

—Pues, á ti, Trucha, cuando tuviste aquella grave enfermedad, los huevos moles fueron tu salvación.

—Pues por eso los odio. ¿Qué enfermo no mira como el demonio á la medicina que le ha curado?

—¿Qué poco agradecido eres! ¿Y si enfermas alguna otra vez? ¿quién te salvará?

—El diablo.

En esto el Abuelo le habló al oído, recordándole las elecciones y el Poncio precipitadamente, alargó el brazo, abrió la mesilla de... y el Abuelo y el Trucha, salieron á escape de la habitación.

—¡Señores, ya estoy bueno! gritó regocijadamente. No había más que una indigestión de cerdo maniso...

Y el Trucha, sin detenerse, ni apartar el pañuelo de las narices, gritó: Pues ojo, que esos suelen tener trichina...